

Nazaret: un tesoro escondido en un campo

*Las notas que siguen retoman una “charla” que hice para los hermanos de África Central en el momento de su encuentro regional, en septiembre 2007.
de Marc*

Acabamos de pasar unos días preparando el Capítulo y reflexionando entre otras cosas en el tema: “¿Cómo vivir Nazaret en el África de hoy día?” Pero tengo el deseo de compartiros algunas reflexiones sobre un interrogante previo que me parece muy importante: no “¿Cómo?” sino “¿Por qué vivir Nazaret hoy, en África y otros lugares?” ¿Cuál es el sentido de Nazaret? ¿Por qué es tan importante para nosotros? No es un marco externo, la “decoración” de nuestra vida, sino el corazón, el eje, lo que orienta todo el resto.

NAZARET, UN LUGAR EN EL QUE DIOS SE REVELA

+ Mi primera observación, es que Nazaret, en primer lugar, es una revelación del misterio de Dios mismo.

A menudo decimos, con palabras impregnadas de piedad, que en Nazaret Dios ha ocultado su divinidad. Pero es precisamente lo contrario: ¡Es en Nazaret donde Dios ha revelado su auténtico rostro de Dios! Cuando Él ha querido decirnos quién es verdaderamente, asume el rostro de un hombre simple de Nazaret, de esa aldea desconocida en la Biblia, en una región de la periferia, alejada del Templo y de los centros religiosos, lejos de Judea y de los círculos del poder, “encrucijada de las naciones paganas” y contaminada por ellas. Como queriéndonos decir: ¡“Todos los grandes discursos de todas las religiones y de todas las teologías me han presentado como el “Altísimo”, “el Otro”, “el Absoluto” “el Separado” y, sin duda, son ciertos a condición de que seamos capaces de vaciarlos de su sentido habitual! Y estaríais más cerca de captar mi realidad – que ningún término es capaz de traducir – si me llamarais el “Bajísimo”, el “Totalmente cercano”, el “Comprometido”, el “Servidor”. Jesús lo afirmará con claridad: “Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y con razón, porque lo soy, pero soy un maestro y un señor que os lava los pies y si queréis ser de los míos, deberéis vosotros también, hacer lo mismo” (Jn 13, 13s).

Los “evangelios de la infancia” con su estilo particular, no nos dicen otra cosa: el Hijo del Altísimo, el Mesías-rey que deberá sentarse en el trono de David, aquel que será llamado Hijo de Dios, que será grande, es el muchacho primogénito de una joven, prometida a un carpintero de Nazaret; nacerá lejos de la ciudad de sus ancestros, será motivo de sobresalto para el Rey y con él Jerusalén entera, accesible únicamente a los excluidos del país y a los extranjeros. Y cuando tome conciencia de su misión que no será otra que ocuparse de los asuntos de su Padre,

de estar en Su casa, descubrirá, al ver el asombro de sus padres, que estar en la casa de su Padre es descender con ellos a Nazaret y que ser el Hijo del Altísimo es seguir sometido a su autoridad (Lc 2,49-51).

Sólo podremos exclamar: “A ti el Reino, el Poder y la Gloria” si no olvidamos que su realeza está proclamada en un cartel clavado a una cruz y que es reconocida por un condenado a muerte, majestad de un Nazareno (Jn 19,19) que da su vida cuando parece que la pierde; y que su poder es el de un amigo que mendiga un amor renovado de aquel que le ha traicionado (Jn 21,15s) y que esta traición ha sido precisamente: “No tengo nada que ver con ese Nazareno” (Mt. 26,11s).

Nos cuesta aceptar este rostro. Yo pensaba durante mi último viaje a Roma: 2000 años de piedad cristiana nos han alejado de esta revelación, como si fuésemos incapaces de acercarnos a Dios de otra manera que no sea a través de edificios grandiosos, signos de poder y de riqueza, de una distancia: necesidad de sacralizar nuestra relación con él. Pobre María de Nazaret, mujer sencilla del pueblo y madre fiel, que no podemos imaginar cercana a Dios si no es sentándola en un trono, vestida de seda y coronada de oro!...

+ En Nazaret, no es solamente el ser de Dios el que se ilumina con una luz nueva, es también su acción, su manera de hacer. Ya no será Aquel que salva desde fuera con “mano poderosa y brazo extendido”. La Biblia siempre había insistido en esta misteriosa preferencia de Dios por el pobre, el despreciado: “¡Cuando un pobre grita el Señor le escucha!” (Sal. 34,7). Con Jesús de Nazaret, esta preferencia se expresa de una manera nueva: y aunque será siempre Aquel que “guarda mis lágrimas en su odre” (Sal. 56,9) lo hará llorando con nosotros. Él cargó con nuestras enfermedades (Mt 8,17), dice el evangelio después de haber relatado una serie de curaciones; pero él las tomó cargándolas en su propia carne: “él fue probado en todo como nosotros” “tampoco se avergüenza de llamarnos ‘hermanos’ suyos” (He 4,15 y 2,11). Es todo lo concreto de su vida de Nazareno (en Nazaret, por los caminos y sobre la cruz), todo aquello que le ha hecho “en todo semejante a sus hermanos”, que ha hecho de él “un sumo sacerdote compasivo y acreditado capaz de expiar los pecados del pueblo; es porque él mismo sufrió la prueba, por lo que está en medida de socorrer a aquellos que son probados” (He 2,17s), no solamente una ayuda en curaciones y milagros sino la ayuda radical de injertar en nosotros la vida de Dios.¹

+ Dios nos dice pues, en Nazaret, algo de él mismo que no podía más que decirnos ahí; él nos deja ver un rostro que no podía desvelarse sino de esta manera, un “misterio escondido desde el comienzo de los siglos”.

A la raíz de este apego de Carlos de Foucauld a Nazaret, ¿no está este maravillarse ante la revelación de este rostro que trastorna todas nuestras concepciones? Se siente este maravillarse en su manera muy propia de poner juntas las palabras que todo oprime, “Dios” – “obrero en Nazaret”. También se siente, en todas las etapas de su vida, en su búsqueda para ser muy concretamente fiel a este rostro: “La Trapa me hacía subir de posición (...) por eso la he dejado y he abrazado aquí la existencia humilde y oscura del divino obrero de Nazaret”². La intuición de Carlos, es que si queremos hacer comprensible el mensaje y contemplar el rostro de Dios, también tenemos que “ir a Nazaret”: allí es donde él se revela. Hay un tesoro escondido en el campo de Nazaret: ¡descubrirlo es una fuente de alegría!

¹ Ya desarrollé esto en la *Carta de la FG. Nº 8: “Creo en Jesús nuestro hermano”* (Febrero 2001)

² Carlos de Foucauld, *Carta a Louis de Foucauld*, Nazaret, 12 de abril 1897.

EL NAZARET DE JESÚS

¿Qué sabemos del Nazaret de Jesús? Los evangelios son muy discretos, pero lo poco que nos dicen puede ser muy significativo y en ningún caso incluido por casualidad³.

- La ofrenda de María y de José con ocasión de la presentación de Jesús es la propia de las familias modestas (Lev. 12, 6-8), aunque el levítico proponga la ofrenda para familias más pobres (Lev. 5,11).

- Tanto Nazaret como Galilea son lugares insignificantes en la historia de la salvación y por lo tanto profundamente despreciados: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” pregunta Natanael (Jn 1, 46); “estudia y verás que de Galilea no salen profetas” dirían los Fariseos (Jn 7,52).

- Cuando Jesús comience a enseñar y a curar, la gente de Nazaret se quedará completamente extrañada, incluso escandalizada: “¿de dónde saca éste su saber y sus milagros? ¿No es este el hijo del carpintero?” (Mt 13,58). También la gente de Jerusalén se sorprenderá y preguntará: “¿cómo tiene ese tal cultura si no tiene instrucción?” (Jn 7,15).

- Estos interrogantes tienen una respuesta muy esclarecedora en los evangelios: “se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de saber; y la gracia de Dios le acompañaba” (Lc 2,39ss y Lc 2, 51ss). En dos momentos, después de dos escenas que se desarrollan en el Templo, se nos presenta Nazaret como lugar de crecimiento de gracia y escuela de sabiduría. Es tanto más llamativo que los textos de Lucas hacen referencia a la historia del joven Samuel (Lc. 2,52 que retoma 1 Sm 2,26). Pero para Samuel (y el texto lo precisa varias veces) el lugar de crecimiento en el servicio de Dios será el Templo (1Sm2, 11.18.21.26 y 1Sm 3). Es significativo y ciertamente intencionado que Lucas recoja la misma expresión para mejor subrayar la diferencia radical y la novedad de la situación de Jesús.

NAZARET: UN LUGAR DE FORMACIÓN Y DE CRECIMIENTO, UNA ESCUELA DE SABIDURÍA

Creo que nunca terminaremos de descubrir las riquezas contenidas en esta presentación que el evangelio hace del Nazaret de Jesús. Hay que tomarla en serio en sus consecuencias. Señalo algunos elementos que me emocionan particularmente.

+ Para los grupos religiosos, los círculos de poder, los doctores y los instruidos, Jesús es un hombre sencillo, de baja extracción, un hombre marginal. Y no tienen de él mejor opinión que de aquellos que lo siguen: “esa maldita gente que no conoce la ley” (Jn 7,49). Expuesto sin protección, para los notables simple peón de un ajedrez político (“no entendéis nada ¿no veis que es mejor que muera uno solo por el pueblo y que no perezca toda la nación?”), Jesús asume, hasta el final, esta situación de hombre de pueblo ordinario y... le lleva hasta la muerte. El evangelio insiste en decirnos que en todo esto hay una revelación del rostro de Dios y de su manera de hacer: “¿crees que no puedo pedirle al Padre que me envíe enseguida más de doce legiones de ángeles? Pero entonces, ¿cómo se cumplirá lo escrito, que esto tiene que suceder?” (Mt 26,53ss; cf. Jn 11,41ss)

Impresiona pensar que todo lo que Jesús nos ha dicho sobre Dios y sobre el hombre y la relación de entrambos, ha sido pensado y sentido por alguien sin importancia aparente, insignificante socialmente, uno más de ese montón de gente despreciada por los expertos y los

³ Habría que analizar todos los párrafos del Nuevo Testamento que mencionan Nazaret ya que esta mención es siempre intencional. Ver el trabajo de Yves Bequart, *Jesús Nazareno – Acercamiento Bíblico*. Ver también Michel Nurdin, “¿De Nazaret, puede salir algo bueno?” (Doc. Fraternité, octubre 1995)

importantes. ¡Misteriosa actitud de Dios que asume, no la humanidad en general, sino esta humanidad concreta, sin duda porque la juzga más capaz de expresar correctamente quién es Él y qué es lo que quiere!

+ Hay otro aspecto importante: en Nazaret, la escuela de Jesús es la de la gente sencilla y la de la vida ordinaria, en ese medio se forma y crece “en edad, en talla y en sabiduría”, a través de sus relaciones familiares, en el pueblo, en el trabajo, observando la vida, la gente y la naturaleza, escuchando... bebiendo en las reservas de la fe del pueblo. Tesoro enterrado en el campo... Su descubrimiento produce en nosotros un gran respeto (como Moisés que se descalza ante la zarza ardiendo...) y un deseo de meternos, nosotros también, en la escuela de los pequeños e insignificantes para estar en condiciones de percibir, de recibir la clave de su sabiduría: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y haberlo revelado a los pequeños. (...) Nadie conoce al Hijo si no el Padre y nadie conoce al Padre si no el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11, 25 ss). El Hijo es “el humilde y pobre obrero de Nazaret” retomando la expresión de Carlos de Foucauld.

+ Simplemente leyendo el evangelio podemos descubrir el tipo de personalidad que Nazaret ha ido forjando en Él y podemos siempre descubrir nuevos aspectos. ¿Por qué no detenemos en algunos?:

- La liturgia familiar, la oración en la sinagoga van formando su oración. Además Jesús desarrolla una relación muy íntima y muy especial con Dios al que llamará “Abba, papá”. Y podemos ver cómo alimenta esta relación dedicando tiempos para rezar a su Padre: Se levanta temprano (Mc 1,35) o se queda tarde la noche (Mt 14,23). Se aísla y lo buscan (Jn 6,24). Es una relación siempre alerta y que surge y se despierta en cada acontecimiento y en cada encuentro (Mt 11,25ss; Jn 11,41) y que es acogida de una forma discreta en el secreto del corazón porque ha aprendido que “el Padre ve en lo secreto” (Mt 6, 4.6.18).

- Sin duda porque ha hecho la experiencia de la mirada de desprecio con que se mira a la gente sencilla y simple, subraya, siempre, el valor de los pequeños: “es voluntad de vuestro Padre del cielo que no se pierda ni uno de esos pequeños” (Mt 18,14). Ni soporta todo lo que excluye a causa del origen y de la situación social: se acerca a los leprosos y los toca, contagiándose de su impureza (Mc 1, 40-45); se deja tocar por una mujer de mala reputación (Lc 7, 36ss); incluso se atreve a declarar “magnífica” la fe de los paganos (Lc 7,9; Mc 7, 24-30).

- Tiene en particular una manera propia suya de mirar a aquellos que todo el mundo considera como pecadores: una mirada de respeto que se niega a condenar y siempre envía al acusador a su propia conciencia (“Que aquel que no tenga pecado le tire la primera piedra” Jn 8,7; ¿Por qué te fijas en la mota en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga del tuyo? Mt.7,3; “¿No tenías tú que tener compasión de tu compañero como yo la tuve de ti?” Mt. 18,33; una mirada de esperanza que siempre entrevé un futuro abierto (“vete y no peques más”) Jn. 8,11; “siempre hay una esperanza para el enfermo desde el momento que el médico se acerca” cf Mc. 2, 17; “El hijo que se estaba muerto ha revivido” cf. Lc. 15,32).

- Ha aprendido a mirar los acontecimientos de todos los días como pequeños mensajes que le hablan del Padre; tiene sobre las cosas y los acontecimientos una especie de mirada contemplativa que le hace ir al fondo de su sentido: “mirad las flores del campo y los pájaros del cielo y pensad en vuestro Padre que vela sobre todos vosotros” (Mt. 6, 25ss); “mirad el grano que crece sin que se sepa como y acordaros que el Reino crece, también, poco a poco aunque no lo percibamos” (Mc 4, 27); “mirad esa mujer que barre toda la casa para encontrar la moneda, pues así es como vuestro Padre busca a todos aquellos que se pierden” (Lc 15,8ss); “mirad como la lluvia cae sobre los justos e injustos (Mt 5,45), ved cómo el trigo y la mala hierba crecen al mismo tiempo (Mt 13, 24ss) y entended que el Padre, que es el único que puede decir quién es malo o bueno, ofrece, siempre una oportunidad para volverse hacia Él”.

- Es sobre todo a la gente a la que mira con esta mirada que va más allá de las apariencias y que mira el corazón. Si, sabe demasiado bien lo que hay de falso (de desprecio) en las ideas preconcebidas que tenemos sobre la gente. Él ha experimentado la generosidad espontánea de la gente que no tiene nada y quiere hacernos ver la verdadera grandeza, la dignidad de todos aquellos que encuentra: hace notar la discreta ofrenda de la viuda que ha dado todo lo que tenía (Mc 12, 41ss); invita a Simón a abrir los ojos: ¿ves esta mujer?, si ama de esta manera – esta que tú desprecias – ¡es porque ha sido perdonada! (Lc 7,44); y a cada uno pone en frente de su conciencia cuando están dispuestos a lapidar a la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8,1ss).

- Siempre se le ve dispuesto a aprender y a interrogarse cuando encuentra rectitud y fe vengan de donde vengan: de extranjeros como el Centurión (Lc 7, 1-10) y la Cananea (Mt 15,21-28) (que se expresan, como Él en un lenguaje lleno de imágenes) o de su madre (Jn 2,1-11; cf Lc 2,48-52) o de un escriba: “no estás lejos del Reino de Dios” (Mc 12,34).

- Es verdad que muestra una extraordinaria sensibilidad a las desgracias de la gente y en particular de los pobres. A menudo el evangelio nos dice que está conmovido, incluso profundamente afectado: mirando a la gente, ovejas sin pastor (Mt 9,36); ante la viuda que lleva a enterrar su hijo (Lc 7,11ss); frente a toda clase de enfermos, de aquellos que se acercan a él y de aquellos que él va a su encuentro (Jn. 5,6). Esta compasión le da fuerza y coraje ante las situaciones en que todo el mundo dimite, como con los poseídos gadarenos (Mt 8,28).

- Sí, en Nazaret fue guardando todos los proverbios e historias y sabe hablar con las palabras simples de los campesinos. Observó la vida de la gente y de los “grandes”: el juez injusto (Lc 18,2ss), el rico inconsciente de todo lo que le rodea (Lc 16,19ss), el administrador corruptor (Lc 16, 1ss), el sacerdote y el levita prisioneros en su mundo (Lc 10,31). Conoce la humillación del pobre que no puede invitar a nadie (Lc 14,14). Aprendió el sentido común de la gente sencilla que no entiende una ley cuando no está al servicio de la vida: “quién me puede hacer creer que si su hijo o su buey cae en un pozo el sábado, no va a sacarlo porque es sábado” (Lc 14,5; Jn 7,23). Como la gente sencilla capta bien lo que suena a falso, tiene olfato para ello y lo que reprocha con más insistencia es, precisamente, la hipocresía: espeta a los Fariseos amigos del dinero: “vosotros sois los que os la dais de intachables ante la gente, pero Dios os conoce por dentro, y ese encumbrarse entre los hombres le repugna a Dios” (Lc 16,15)

- Con esta actitud no se consigue únicamente amigos ¡claro!, pero lo asume: y se dice de él que es un borracho, que no piensa más que en comer, que frecuenta únicamente gente poco recomendable (Lc 5,30; 7,34; 15,2). El evangelio, a menudo, nos dice que producía mucho “rechinar de dientes” mientras los sencillos lucían sonrisas de gozo escuchando las palabras de misericordia que salían de su boca y las curaciones que hacía (Lc 13,17; cf. Lc 4,28; 11,53; Mt 15,31)

- En el inicio del evangelio de Juan nos encontramos con la pregunta: “¿De Nazaret, puede salir algo bueno?” (Jn 1,46); al final, en el letrero clavado en la cruz, Pilatos ironiza: “Jesús el Nazareno, el Rey de los Judíos” (Jn 19,19). Todo parece dar la razón a los escépticos. Sin embargo, bajo la apariencia de un jardinero, María reconocerá la voz de su Maestro; de incógnito al borde del lago el discípulo bien amado reconocerá al Señor. No, no es una revancha ni el final de un paréntesis que pondría las cosas en su sitio: el Maestro y Señor no aparece con los rasgos, recuperados, de un gran señor; sigue siendo Jesús de Nazaret y tendremos que reconocerlos en sus rasgos ordinarios: “buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado, no está aquí, ha resucitado (...) os precede... en Galilea, allí lo veréis” (Mc 16,6ss).

+ ¿Por qué rehacer este retrato – a completar continuamente – de Jesús de Nazaret? En primer lugar porque me parece importante el tener siempre en mente que si Jesús se convirtió en el tipo de hombre que este retrato ha esbozado, es en la escuela de Nazaret donde se ha realizado. Por supuesto, se me dirá que su ser de Hijo, su relación particular con el Padre y el Espíritu que le llenaban le daban una disposición excepcional para penetrar el sentido profundo

de la Ley y le hacían conocer “lo que hay en el hombre” (Jn. 2,25); pero, si queremos dar razón a la verdad de la Encarnación, hay que tener en cuenta las circunstancias concretas de la vida de Jesús: por decirlo en otros términos, si él hubiese nacido en una familia sacerdotal o en los círculos del poder, si él hubiese recibido la formación de un doctor de la ley, su lenguaje y su mensaje habrían tenido otro color. Creo que en el corazón del mensaje cristiano, está el hecho de que el rostro de Dios nos ha sido revelado bajo los rasgos de Jesús y que Jesús, del comienzo al final de su vida y “por los siglos de los siglos”, tiene los rasgos de un Nazareno.

Esto debería ser una luz para todos los cristianos. Pero nosotros, Hermanitos, hemos recibido una llamada particular. Hemos sido seducidos por “el rostro humano de Dios en Nazaret” y nos hemos puesto en su búsqueda, como la prometida del *Cantar de los cantares*: “Déjame ver tu figura, déjame escuchar tu voz. Por las calles y las plazas, buscaré al amor de mi alma. ¿Visteis al amor de mi alma?” (Cant. 2,14; 3,2). Cada uno de nosotros con su historia y por caminos diferentes, hemos tenido una experiencia del tipo de la de Carlos de Foucauld: “Tan pronto como creí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa sino vivir para Él”⁴. Esta llamada nos ha hecho venir a la Fraternidad: “Los Hermanos de Jesús están llamados por Dios a vivir para Él solo, entrando en su designio de amor por los hombres” dice la primera frase de las Constituciones. Carlos de Foucauld pensó en primer lugar que, para vivir sólo para Dios y dar su vida por la salvación del mundo, era necesario cortarse del mundo poniéndose detrás de los muros de un monasterio (era la respuesta clásica, y fecunda, de una vida contemplativa monástica). Su gracia propia fue la de descubrir, poco a poco, que, para vivir solamente para Dios y participar en el trabajo de “salvador con Jesús”, tenía que tomar los caminos que habían sido los de Jesús (el contemplativo por excelencia): ir a Nazaret, ir cerca de hombres ordinarios y en particular de los más alejados. Nosotros también queremos ir, a la vez para testimoniarles por medio de la amistad que ellos son valiosos y que Dios los ama, pero sobre todo porque Dios habita en ellos y, en ellos, revela su rostro: “Es el amor el que debe recogerte en mi interiormente, y no el alejamiento de mis hijos. Mírame en ellos; y como yo en Nazaret, vive cerca de ellos, perdido en Dios”⁵

NAZARET, NUESTRO CAMINO

En seguimiento de Carlos de Foucauld, esta vida de Nazaret es nuestro camino⁶. ¡Estamos obligados a decir unas tras otras varias cosas que van juntas, y que no nos gustaría separar!

+ **En el centro de nuestra vida, está Jesús de Nazaret.**

- Por eso es tan importante leer y releer el Evangelio⁷. En primer lugar no para buscar en él una moral, sondear lo que está bien y lo que está mal, sino para buscar constantemente el rostro de Jesús: mirarle actuar, escrutar sus reacciones, ver sus comportamientos. Poco a poco dejarnos habitar y transformar por él. Él es un hombre de Nazaret, un “pequeño”: mirándolo podemos descubrir poco a poco cómo comportarnos en el mundo de la gente sencilla que es el nuestro,

⁴ *Carta a Henri de Castries*, Notre Dame des Neiges, 14 de agosto 1901.

⁵ C. de Foucauld, *Jornal de route en el Hoggar*, 26 de abril 1904.

⁶ “Esta “vida de Nazaret” es el camino de su unión a Dios y de su amistad con los hombres.” *Constituciones y Normas C3*.

⁷ “Hay que tratar de impregnarnos del espíritu de Jesús leyendo y releiendo, meditando y volviendo a meditar constantemente sus palabras y sus ejemplos: que ellos hagan en nuestras almas como la gota de agua que cae y vuelve a caer sobre una piedra, siempre en el mismo lugar...” Carlos de Foucauld *Carta a Louis Massignon*, 22 de julio 1914. “Volvamos al Evangelio. Si no vivimos el Evangelio, Jesús no vive en nosotros” *Carta a Mon. Caron*, 30 de junio 1909.

aprender a maravillarnos como él, a dejarnos tocar por la compasión, a luchar contra el mal, a encontrar el camino hacia el Padre, etc. ¡Simplemente, a amar!

- Esta búsqueda del rostro de Jesús, es “un compromiso a tiempo completo”. No solamente en los tiempos de oración sino en la vigilancia de un corazón despierto. No cumplimos solamente con los tiempos de oración: cada encuentro, cada acontecimiento deberían encontrarnos atentos a buscar el rastro del Señor que prometió acompañarnos; como el discípulo que Jesús amaba, reconocerlo bajo los rasgos inciertos en la vida cotidiana. (cf. Jn 21, 7 y 12)⁸

- Creo que deberíamos estar especialmente atentos a este último punto, en las etapas de la formación inicial, pero también a lo largo de toda nuestra vida: ¿cómo ayudarnos a tener ese corazón vigilante? ¿Cómo aprender a releer este aspecto de nuestras vidas: “Estos encuentros que he tenido hoy, estos acontecimientos, incluso muy pequeños, ¿han resbalado sobre mí sin afectarme, o bien me han enseñado algo sobre el rostro de Dios?” A menudo decimos que nuestra vida contemplativa se alimenta del compartir de la vida con la gente; creo que eso podría enriquecer nuestra oración comunitaria si osáramos dejar hablar nuestro corazón a partir de nuestros descubrimientos o de nuestros sufrimientos en este camino con el Señor a lo largo de los días. Buscamos cómo renovar nuestros “compartir de vida”, tal vez ganarían en profundidad si nos comunicáramos unos a otros nuestras dudas y nuestras luces.

+ **En el centro de nuestra vida, están los “pequeños”, los “pobres”, “aquellos que no tienen ni nombre ni influencia”** por retomar diferentes expresiones que empleamos y que emplean también nuestras constituciones. Voy a utilizarlas indistintamente incluso si en los países o contextos en que vivimos, no son totalmente sinónimas.

- Tal vez no sea lo primero que nos venga a la mente cuando hablamos de nuestra vida en medio de los pobres, pero creo que lo que nos lleva a compartir su vida y (lo más realmente posible) su condición social⁹, es la convicción que el mismo terreno nodriza de Nazaret que formó a Jesús y el mismo Espíritu que lo animaba (Espíritu que nos ha sido prometido y entregado...) pueden producir los mismos frutos en nosotros, frutos de contemplación del rostro del Señor y frutos para la salvación del mundo. En el paso de El Abiodh, gran fraternidad de estructura monástica, a las pequeñas fraternidades insertas en los barrios populares, había esta convicción y René Voillaume se empleó a fondo para defenderlas y explicarlas en “*En el corazón de las masas*”. Nunca hemos acabado de explorar todas las consecuencias.

- La primera consecuencia es, tal vez, que estamos en medio de los pequeños para ponernos a su escuela¹⁰ Me gusta hacer un paralelismo con un versículo de las constituciones y un pasaje del evangelio: “Los hermanos están en medio de los hombres, no para convertirse en pastores o guías, sino simplemente para ser sus hermanos” (C 94) y “En cuanto a vosotros, no os hagáis llamar “maestros”, pues uno solo es vuestro maestro mientras que todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8). Para mí es muy significativo que la palabra “hermano” esté asociada en este texto del evangelio no al Padre¹¹, sino al maestro, al que enseña. ¡Como para poner el dedo en una de nuestras grandes tentaciones, la de siempre querer enseñar a los otros sin desear aprender de ellos!... Querer estar en medio de los hombres “simplemente para ser sus hermanos” nos

⁸ Cuando yo estaba en el postulante, Dominique Voillaume nos había dicho: “Nuestra vida no es complicada: basta con lanzar nuestro corazón hacia Dios; ¡pero como él está atado por una cuerda, recae; entonces hay que volver a empezar ahora y siempre, y un buen día, ¡la cuerda se rompe y el corazón se queda arriba!

⁹ *Constituciones y Normas C2 - 2*

¹⁰ “Escuchan en primer lugar lo que hace el fondo del corazón de sus amigos y las riquezas del pueblo en medio de quienes viven, poniéndose a la escuela de los pobres que son el tesoro de la Iglesia”. *Constituciones y Normas C 95 II*. De forma muy significativa, este pasaje se encuentra en el capítulo sobre nuestra misión en la Iglesia.

¹¹ A menudo se refieren a este texto diciendo: “Todos sois hermanos puesto que sólo tenéis un Padre”; es cierto, evidentemente, pero ¡no es esto lo que dice el evangelio! Y es importante permanecer al pie de lo que dice el texto...

invita a entrar en otra actitud: somos hermanos de los pequeños si caminamos juntos compartiendo nuestras luces. Esta es a la vez la espera y la realización de la alianza nueva prometida: “Meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en su corazón... No tendrá que instruir uno a su prójimo, otro a su hermano, diciendo: “Conoce al Señor” porque todos me conocerán desde el más pequeño hasta el más grande” (He. 8, 10 citando a Jer. 31, 33ss).

Como símbolo, podemos decir que al salir “de El Abiodh – monasterio”, hemos cambiado el sentido de una tradición monástica, la de la hostelería: los monjes siempre han acogido a aquellos que deseaban rehacerse compartiendo su oración y su marco de vida, pero esta acogida se hizo al exterior, en la hostelería; yendo en medio de los pobres, somos nosotros quienes les pedimos de acogernos para encontrar la fuente con ellos y en medio de ellos, en su marco de vida.

- Para establecer una relación de verdadera fraternidad, no es suficiente, aunque sea una disposición necesaria: “hacerse del país” – como decía Carlos de Foucauld – “siendo abordable, pequeño” de manera que el otro pueda atreverse a pedirme cualquier cosa... Que el otro pueda verme como un hermano no será suficiente si yo no cambio mi mirada sobre él. Como persona humana e hijo de Dios, en él (ella) el Espíritu también trabaja y como toda persona busca a responder y busca lo que está bien, con las capacidades de las que disponga, todos los días. De su fidelidad, titubeante como la mía, puedo aprender y, gracias a él, creceré si acepto meterme en su escuela; entonces y solo entonces, caminaremos verdaderamente juntos... como hermanos.

- Carlos necesitará tiempo para entender el sentido de la verdadera reciprocidad y el hecho de que haya sido salvado por los Touaregs cuando estaba enfermo será un momento decisivo para su vida. Él que pensaba haber venido para traer el “divino banquete, no a los hermanos, ni a los parientes ni a los vecinos ricos, sino a los más cojos, los más ciegos, los más pobres, a las almas las más abandonadas y que no tienen sacerdotes”¹², se deja simplemente acoger en la mesa de aquellos que no tienen necesidad de su servicio sacerdotal pero están felices de poder cumplir con su deber de hospitalidad. Al final con enorme sencillez dirá: “¿Cómo expresar lo buenos que han sido conmigo, las almas rectas que he encontrado entre ellos, uno o dos son verdaderos amigos, cosa tan rara y tan preciosa en cualquier sitio”¹³.

Ir hacia el otro simplemente porque está “lejos” y manifestarle así que su vida es valiosa, no avanzar más rápido que su paso, no buscar a proponer valores antes de haber descubierto los del otro, será el aprendizaje que la relación con Jesús de Nazaret hará hacer a Carlos. Unos meses antes de su muerte, cuando trabajaba para organizar una asociación de cristianos de todo tipo, escribía: “Me considero más incapaz que la inmensa mayoría de sacerdotes para ir dando los pasos que serían necesarios, no he aprendido más que a rezar solo, a callarme, a vivir con libros, a lo más a charlar familiarmente y personalmente con los pobres.”¹⁴. De esta oración en soledad y de estas charlas con los pobres, nacerá la apertura del corazón, la capacidad a acercarse al otro y comprenderlo desde su propio interior. Carlos de Foucauld no ha sido un pionero del diálogo Islam-Cristianismo pero ha caminado con sus vecinos que eran musulmanes intentando comprenderles y poco a poco quererles. Por eso se atreverá a escribir consideraciones poco habituales en su época: “Las verdades que pueden subsistir en medio de los errores son un bien y siguen siendo capaces de producir grandes y verdaderos bienes, es lo que pasa con el Islam”¹⁵...

Se había convertido gracias a la acogida incondicional, calurosa y sin grandes palabras de su prima. Redescubre con sus vecinos que la tarea del apóstol, es amar respetando la respuesta libre que cada persona podrá dar a la inspiración del Espíritu y respetando sus ritmos. “Todo cristiano, escribía, tiene que ser apóstol: no es un consejo, es un mandamiento, el mandamiento de la caridad. Ser apóstol ¿con qué medios? Los mejores, los más adecuados a las personas a las

¹² Carta a Mons. Caron, Beni-Abbès, 8 de abril 1905

¹³ Carta a Henri de Castries, 8 de enero 1913

¹⁴ Carta al Padre Voillard, 11 de junio 1916

¹⁵ Carta a Henri de Castries, 15 de julio 1901

que nos dirigimos: con todos aquellos que están en relación con él y sin excepción con la bondad, la ternura, la afección fraterna, el ejemplo de la virtud, con la humildad y la dulzura siempre atractivas y tan cristianas; con algunos sin mencionar nunca una palabra sobre Dios ni sobre la religión, en espera paciente como Dios espera pacientemente, siendo bueno como Dios es bueno, amando, siendo un tierno hermano y rezando; con otros hablando de Dios en la medida en que puedan entenderlo; y en el momento que deseen buscar la verdad profundizando el estudio de la religión, poniéndoles en contacto con un sacerdote bien seleccionado y capaz de ayudarles...Sobre todo viendo en todo humano un hermano”¹⁶.

- Creo que la mayoría de nosotros nos dirían sin dudar que la experiencia más preciosa que hacemos, en nuestra vida compartida con la gente sencilla y los “pequeños”, es la de la amistad, de la confianza, de la ternura – en medio de las dificultades, tensiones y durezas... Uno de los grandes sufrimientos del pobre, es que no es interesante para nadie, que nunca le piden nada, y finalmente saca la conclusión que él mismo no tiene valor alguno. Incluso sin palabras, nuestra presencia en medio de ellos, simplemente fraterna, forma parte de la “buena noticia anunciada a los pobres” y ellos lo sienten. Esta es nuestra misión en la Iglesia¹⁷: manifestar, a la manera de Jesús, es decir “desde el interior”, esta ternura y atención especial de Dios por el pobre: ellos tienen valor a los ojos de Dios y Dios se manifiesta a través de ellos.

A menudo nuestros vecinos y amigos sienten muy bien también que su proximidad con nosotros nos resulta una buena nueva; ¡ellos no lo saben o al menos no saben manifestarlo, pero nos dan a Dios, hasta un punto que tampoco nosotros sabemos manifestar! ¡Este es el tesoro que hemos encontrado, escondido en un campo!

- Pero este tesoro tiene un precio: para tenerlo ¡hay que estar dispuestos a venderlo todo para comprar el campo! Hay muchos obstáculos (volveré a ello más adelante), pero creo que deberíamos tener siempre en el fondo del corazón el deseo de ir lo más lejos posible en este compartir de la vida de los pequeños. Sé que Carlos de Foucauld no me lo tendrá en cuenta si desvío hacia los pobres las palabras que él escribió al hablar de Jesús: “En todo caso, yo no puedo concebir el amor sin una necesidad, una necesidad imperiosa de conformidad, de semejanza, y sobre todo de participación en todas las penas, en todas las dificultades, en todas las durezas de la vida... Ser rico, a mis anchas, vivir cómodamente de mis bienes, cuando vos habéis sido pobre, sin dinero, viviendo penosamente de un duro trabajo: Por mi parte, yo no puedo, Dios mío... yo no puedo amar así...”¹⁸; “No quiero atravesar la vida en primera clase mientras que aquel que yo amo la atravesó en la última”¹⁹ Esta es una historia de amor, concreto, por cada persona encontrada, a la imagen del amor que Dios le tiene²⁰

¹⁶ *Carta a Joseph Hours*, 3 de mayo 1912

¹⁷ El Capítulo de las Constituciones sobre nuestra misión en la Iglesia lo dice claramente (C 94 a C 101): Unidos a Jesús Salvador y conscientes de su pequeñez, los hermanos están llamados a reflejar su ternura por los hombres.” (C 94-I). “Esta comunidad de vida es su testimonio propio, su participación en la misión de la Iglesia” (C 94-II) “Esta presencia entre los hombres no será mensajera de Dios y de su mensaje de salvación, si no es a través de un don sin reserva al Señor, compartiendo en la medida que puedan su amor por los hombres y su oración de intercesión y de adoración” (C 95-I)

¹⁸ Retiro en Nazaret, 11 de noviembre 1897

¹⁹ Carta a Henri Duveyrier, 24 abril 1890

²⁰ “Creo que mi corazón está con cada uno de estos pobres, pequeños o grandes, y que cada uno es amado por Dios como un amigo íntimo y único y que Dios no mira nunca a los hombres “de una manera general”. Me gustaría tener tantos corazones como hombres hay en la tierra, y creo que ese es el misterio de la Caridad divina. No hay hombres “en general”, Dios no sabe lo que es el “hombre en general”. Para él solamente hay personas vivas y amadas a las cuales él llama por su nombre propio.” René Voillaume, *Cartas a las Fraternidades III*, 178 – 180, una bella carta en la que se siente toda la fuerza y la pasión de René.

+ **En el centro de nuestra vida, está la Eucaristía:**

Lo que quiero decir aquí está expresado en la *Guía para la Formación*, p.4. Me contento con retomarlo:

“La experiencia de los hermanos al filo de los años nos ha mostrado que hay como una “afinidad natural” entre la Eucaristía y nuestra vida.

Se trata de unirnos al Señor en el don de él mismo que ha hecho para que “la humanidad tenga vida y la tenga en abundancia”. Se trata también de entrar en su intercesión para que “todos sean uno” como hermanos y hermanas bajo la mirada del único Padre. Se trata de bendecir a Dios por medio del pan y del vino, estas cosas cotidianas “frutos de la tierra y del trabajo de los hombres y de las mujeres”. Se trata en fin de celebrar la alianza nueva del Reino cuyos brotes ya apuntan. Todas estas actitudes “eucarísticas” toman otro sabor cuando la existencia compartida nos hace saborear los frutos de muerte y de división de la situación impuesta a los pobres; o bien que ella nos hace palpar la solidaridad y la vida más fuerte que la muerte... La celebración está entonces verdaderamente unida a la vida.

Se trata también, de sentarse simplemente a los pies de Jesús, para esta “oración de los pobres”, sin palabras, llena de cansancio y de esperanza, seguros de que él está “con nosotros hasta el final del mundo” y que él “sabe bien, lo que hay en el hombre”.

La Eucaristía es a la vez celebración de la vida entregada (la de Jesús y la nuestra vivida con los pobres) y actitud de vida entregada (la nuestra, alimentada por la de Jesús). Ella une íntimamente nuestro seguimiento de Jesús y el compartir de la vida de los pobres. Al plantar su tienda entre nosotros y al permanecer fiel hasta el final a su identidad de hombre de Nazaret y de Hijo, a la vez uno con Dios y uno con nosotros, Jesús se ha convertido en el salvador de todos. Es cierto que no basta con vivir en medio de los pobres para ser “salvadores con Jesús”; lo que nos hace participar en su trabajo, es estar ahí, día a día, en las cosas pequeñas y grandes, con el vivo deseo de dar nuestra vida, el corazón abierto a todos y atentos a la Humilde presencia. Reconozcamos con sencillez que lo que nos lleva más a menudo a esta actitud de ofrenda y a volver a nuestro corazón hacia el Señor, es de haberlo vuelto verdaderamente hacia nuestros hermanos y hermanas, estos pequeños cuya vida compartimos.

ALGUNAS PREGUNTAS

Me gustaría retomar algunas objeciones o preguntas (hay muchas otras) que surgen a veces en los intercambios entre nosotros o con la gente que conocemos. Voy solamente a tocarlas por encima, sobre todo porque la manera de responder será diferente de una región a la otra.

+ **“Hagamos lo que hagamos, nunca seremos como los pobres.”**

Con frecuencia, es muy cierto. El simple hecho de vivir en comunidad, de haber recibido una formación, que nuestro pan esté asegurado, que nuestros hermanos no nos dejarán de lado, nos quita muchas de las preocupaciones que minan la vida de los pobres: inseguridad del día de mañana o a veces incluso del día de hoy, soledad, etc. Algunas exigencias de nuestra vida comunitaria (viajes, reuniones) nos separan también de la condición de los pobres. Peor incluso, en muchas situaciones, los hermanos originarios de ambientes muy pobres tienen el sentimiento de haber sido cortados de su ambiente por el único hecho de haberse unido a nosotros.

- Tal vez haya que empezar por decir que la miseria y ciertas formas de privación y de pobreza (material, cultural, de educación) son males que hay que combatir. No elijo la miseria,

sino que elijo vivir con gente que sufre de la miseria, y de luchar con ellos para poder salir, buscando con ellos; esto quiere decir que me niego a salir solo y que acepto por amistad con ellos, las privaciones que ellos sufren. Luchar contra estas privaciones aún llevándolas juntos tal vez no es totalmente ajeno a la actitud de ofrenda de nuestra vida diaria de la cual hablábamos anteriormente...

- Una segunda cosa que hay que decir, es que, de todas maneras, no se trata de ser como los pobres, sino de estar con ellos como hermanos. Y en eso, no seremos los únicos actores: si hay por nuestra parte un esfuerzo de ajuste para estar lo más cerca posible, la otra parte del camino no depende de nosotros. No podemos ser “como ellos”, en muchos sentidos no somos de “su mismo bando”, pero si ellos sienten que nosotros queremos unirnos a ellos, ellos nos tomarán de la mano para hacernos pasar de su lado y acogernos en sus vidas; y nos “perdonarán” todas nuestras riquezas y seguridades. ¡Cuántos ejemplos podríamos dar, unos y otros, de esta acogida verdadera que no hace caso de las diferencias!

Creo que una disposición fundamental para que esta acogida pueda hacerse, es una especie de humildad por nuestra parte, que se une a lo que anoté más arriba sobre la voluntad de aprender del pobre valorándolo. Otra disposición es la de aceptar resueltamente de pasar a su bando, con todas las consecuencias: como Jesús, ¡estar en el rango de la gente poco recomendable!

Estas no son disposiciones tan fáciles a arraigar en nosotros y es necesario no engañarnos a nosotros mismos. Para ilustrar esto, pienso en tres cortas historias no muy gloriosas que me sucedieron cuando yo estaba en Lille y que aún me queman:

Un día, en el trabajo, en ese tipo de conversación entre colegas en la cual rehacemos el mundo, uno de los compañeros me dijo muy serio: “¡Tú no tienes nada que decir, no eres sino un barrendero!”. No dije nada pero sentí que subía en mí una rebeldía, ganas de decirle “¡Tú sabes quién soy yo?”, etc. ¡Qué pronto se fue el deseo de ser uno más!

En el barrio, yo tenía responsabilidades en la asociación de inquilinos. En una reunión con el organismo propietario, uno de los vecinos que no estaba de acuerdo con las posiciones que yo defendía me dijo: “¡Tú, siempre tienes razón!”. Creo que ese día, objetivamente, yo tenía razón, pero su reflexión demostraba bien que la escucha verdadera y el servicio no estaban ni tan arraigados ni tan visibles...

Teníamos una gran amiga, una vecina de la cual todo el mundo se burlaba porque el alcohol la había destrozado; un día, me la cruzo en una calle y me abraza con cariño como de costumbre. Había todo un grupo de vecinos en la calle en ese momento y no me sentí orgulloso de ser visto con ella: “Aquel que enrojecza de mi delante de los hombres...”

- Me gustaría decir una tercera cosa, más delicada. Si somos del “Norte” o si hemos crecido en un ambiente incluso sencillo pero sin demasiadas dificultades financieras, a veces nos cuesta trabajo comprender y aceptar que los hermanos originarios de ambientes menos favorecidos o incluso muy pobres del “Sur” no se precipiten por trabajos de los más humildes o por vivir en condiciones de mayor pobreza: “¡después de todo, ese es su ambiente, tienen la suerte de haber nacido allí!” ¡La cuestión no es tan sencilla! La pobreza material tiene más que consecuencias físicas: conlleva todo un lote de humillaciones, de falta de autoestima, de rebelión, profundamente arraigadas; y un gran deseo, muy legítimo y sano, de salir de esta condición y de sus consecuencias. Creo que en esto la Fraternidad tiene una gran responsabilidad: dar a nuestros hermanos los medios (por ejemplo formación profesional cualificada) que les permita reafirmar su confianza, la dignidad, un cierto sentimiento de ser capaces de triunfar; esto exige tiempo, mucha delicadeza, diálogo, amistad. Solamente cuando se ha adquirido una cierta seguridad interna, es cuando se puede reelegir con paz condiciones de vida que nos habían sido impuestas y que nos aplastaban; y lo que se vuelve a elegir, más que las condiciones difíciles, es el compartir la vida con personas de las que nos sentimos hermanos de una manera renovada y más libre. ¡Y es hermoso poder verlo!

- Habiendo dicho todo esto, me gustaría añadir que mis años en la fraternidad general me han dado la ocasión de ver muchas fraternidades en las que puede decirse que los hermanos han llegado a ser si no “como” la gente, al menos de verdad “uno de ellos” a un nivel profundo delante del cual uno se admira y está lleno de agradecimiento.

+ ¿“Imitar la vida de Jesús en Nazaret” o “imitar a Jesús de Nazaret”?

A menudo decimos, como una imagen más expresiva y cómoda, que nuestra vocación es la de imitar la vida de Jesús en Nazaret. Decimos también que ante todo queremos imitar a Jesús de Nazaret. Las *Constituciones* emplean las dos expresiones pero raramente como fórmulas equivalentes²¹. En los últimos tiempos, en conversaciones con los hermanos o en el momento de las reuniones de región, surge la cuestión de saber cuál de estas dos expresiones es más justa: habitualmente la conclusión es que es más justo de hablar “de imitar a Jesús de Nazaret” porque hablar de “imitar la vida de Jesús en Nazaret” parece que no corresponde a lo que de hecho vivimos...

- Una de las fuentes de este debate se encuentra en el mismo Carlos de Foucauld: retomando la distinción clásica de las tres vidas de Jesús (vida escondida, soledad en el desierto, vida pública), él dice claramente que su vocación es la de imitar la vida de Jesús en Nazaret. Pero a causa de su propia historia espiritual (marcada también por su ambiente de origen), reconstruye a veces la vida de la familia de Jesús en Nazaret a partir de sus propios deseos y de su propia vida: esta vida de una familia ordinaria se convierte en una vida poco creíble de trabajo manual, de silencio, de retiro perpetuo²². ¡Nos cuesta trabajo reconocernos ahí!

- Otra fuente del debate se encuentra en la historia de la Fraternidad: a partir del momento en que se comenzaron las “fraternidades obreras” (esta manera habitual de llamarlas es en sí misma muy significativa...), ha habido como un modelo tipo de fraternidad: tres hermanos viviendo en un barrio popular y trabajando en una fábrica. Incluso si es un poco caricatural, creo que corresponde bastante bien a lo que vivíamos y decíamos entonces de nosotros mismos (por supuesto que tratábamos de estar presentes en un abanico de realidades diferentes a las de la fábrica – marinos, camioneros, campesinos, artesanos, prisioneros, enfermos, etc.). El acento principal era desde luego el compartir de la vida por el trabajo: la condición social de los trabajadores manuales asalariados en lo más bajo de la escala. En cierto sentido, nosotros también nos hemos reconstruido una imagen de la vida de Jesús en Nazaret que se nos parecía. De golpe, había “excepciones”: hermanos que para poder conseguir el permiso de residencia en ciertos países aceptaban trabajos de tipo “trabajo social o en la sanidad”; o hermanos que se consagraban a estudios en diferentes dominios (lenguas, filosofía, teología, culturas). Vemos bien que, al final, el riesgo es de tratar de conformarse a la imagen cuando de lo que se trata es de imitar el modelo...

Es con esta imagen que los hermanos jóvenes, en particular los del “Sur”, han recibido o comprendido la Fraternidad; lo repiten a menudo en los intercambios. Y hoy día esta imagen les supone un problema. En primer lugar porque en nuestros días, en muchos países del “Sur”, en África en particular, se ha hecho muy difícil encontrar un trabajo asalariado; seguidamente porque en los países marcados por la gran pobreza, la cuestión que se plantea es participar activamente en el desarrollo (y la espera de la gente sobre este punto es aún mayor de cara a los religiosos);

²¹ “Encuentran en la imitación de la vida de Jesús en Nazaret como la fórmula propia de su vida contemplativa” *Constituciones y Normas C1*; “La imitación de la vida de Jesús en Nazaret determina la vida religiosa de los Hermanos de Jesús” C78 (ver también C3, C 117-I). “Más allá de sus esfuerzos, sólo el Espíritu puede conducirlos a la pobreza del corazón por la imitación de la pobreza que fue la de Jesús de Nazaret” C15 (ver también C 46, C 94-I, C 134).

²² “Ya no trabajo manualmente y lo siento. ¡Por una parte, este humilde y vil trabajo forma una parte tan íntima de la vida de Jesús en Nazaret, modelo de la vida monástica! Por otro, nada sería más útil que este ejemplo en medio de estos pueblos perdidos de orgullo y de pereza...” *Carta al P. Voillard*, 2 de febrero 1908.

además en todos los países, incluidos los del “Norte”, partes enteras de la sociedad viven en la pobreza o sufren exclusión y que ya no están para nada en esto que anteriormente designábamos como el mundo obrero; nuestros hermanos jóvenes buscan medios para ir hacia ellos también y se sienten molestos por esquemas de vida demasiado rígidos. Pero no solamente están los jóvenes y el “Sur”; también hay nuestras “excepciones”, hermanos comprometidos en trabajos intelectuales o de desarrollo por ejemplo, que se sienten a la vez muy a gusto en la Fraternidad (¡con razón!) y para quienes sin embargo una “vida de Jesús en Nazaret” demasiado exclusivamente centrada sobre el trabajo manual o sobre un cierto tipo de marco-tipo de fraternidad es una representación demasiado estrecha. ¿No es mejor pues centrarse sobre la actitud nazarena de Jesús en toda su vida, escondida y pública? ¿No es a Jesús de Nazaret al que hay que imitar antes que a un Jesús en Nazaret, concebido según una cierta imagen de nosotros mismos?...

- Por mi parte, no estoy seguro que el debate sea este: pienso que el pequeño retrato de Jesús que he esbozado anteriormente, os hace comprender el porqué. Por supuesto, como todos los cristianos, buscamos modelarnos sobre la actitud de Jesús, sus sentimientos, sus comportamientos; en este sentido, el objetivo es ante todo el de imitar a Jesús de Nazaret y la reflexión sobre Nazaret nos ha hecho sensibles a todo aquello que le aportó su aprendizaje en Galilea. Pero hay más: hemos recibido una vocación particular para buscar el rostro de Dios y entregar nuestra vida, en el compartir la vida de aquellos que no tienen nombre ni influencia porque es ahí donde Dios se reveló de una manera particular y nos modela a la imagen de Jesús. La Iglesia nos reconoce una vocación contemplativa que nos es propia siendo uno de sus elementos “la participación real de la condición social de los pobres”²³. Nazaret, para nosotros, es también esta participación. En ese sentido, todo lo que nos hace estar concretamente en la condición social de los pobres, nos hace crecer en nuestra vocación y todo aquellos que nos aleja de ella nos fragiliza. ¡Se trata por consiguiente de imitar a Jesús de Nazaret pero teniendo los pies bien arraigados en Nazaret! Sé que no he resuelto nada diciendo esto pues surge de inmediato la pregunta: ¿qué es lo que nos arraiga a Nazaret?

- Creo que podemos encontrar un poco de luz en uno de los textos más conocidos de Carlos de Foucauld sobre Nazaret, su meditación del 22 de julio 1905:

“Jesús te ha establecido para siempre en la vida de Nazaret: la vida de misión y de soledad, para ti como para Él no son más que excepciones. Practícalas cada vez que su voluntad lo indique claramente: cuando no te sea indicado, vuelve a la vida de Nazaret. Desea el establecimiento de los Hermanitos y de las Hermanitas del Sagrado Corazón de Jesús- Sigue su reglamento como se sigue un directorio, sin hacerte de él un deber estricto únicamente en lo que no es contrario a la vida de Nazaret. Toma (ya estés solo o con algunos hermanos, hasta que haya posibilidad real de llevar perfectamente la vida de los Hermanitos y Hermanitas en un Nazaret con clausura) como objetivo la vida de Nazaret, en todo y por todo, con su sencillez y su amplitud, sirviéndote del reglamento sólo como directorio que te ayude en ciertas cosas a entrar en la vida de Nazaret; (Por ejemplo, hasta que los Hermanitos y las Hermanitas estén debidamente establecidos, nada de hábito – como Jesús en Nazaret; nada de clausura – como Jesús en Nazaret; nada de vivir lejos de todo lugar habitado, sino cerca de un pueblo – como Jesús hacía en Nazaret; no menos de 8 horas de trabajo al día (manual o de otra forma, manual mientras sea posible) – como Jesús en Nazaret; ni grandes terrenos ni grandes construcciones ni grandes gastos ni siquiera generosas limosnas, sino extrema pobreza en todo – como Jesús en Nazaret... En una palabra en todo: Jesús en Nazaret. [...] Tu vida de Nazaret puede llevarse en cualquier sitio: llévala en el lugar más útil para el prójimo”.

Encuentro este texto muy clarificador. Empieza con la referencia a las “tres vidas” de Jesús y la vocación de Carlos de vivir “la vida de Nazaret”. Pero en lo que sigue a la meditación,

²³ Constituciones y Normas C 2

“Nazaret” sirve para designar dos modos de vida muy distintos: una comunidad religiosa monástica (“*un Nazaret con clausura*”) y a la espera de que pueda realizarse, una vida (“*la vida de Nazaret*”) directamente en referencia a la vida de Jesús en Nazaret (“*como Jesús en Nazaret*”). Mientras que la primera estará marcada por la separación (“*la clausura*”), la segunda está totalmente caracterizada por aquello que va a hacer posible la proximidad con la vida ordinaria de la gente; para describir esta proximidad, Carlos de Foucauld indica un conjunto de ejemplos que se completan y forman un todo. Es notable además que estos elementos que Carlos subraya y de los cuales él dice que son “como Jesús en Nazaret” son exactamente lo opuesto de los elementos de la vida monástica cuyo “establecimiento él desea”: sin hábitos, sin clausura, sin aislamiento, la jornada de trabajo, ni tierras ni grandes edificios, gastos reducidos e incluso limosnas normales (con esta misma curiosa observación que ciertos elementos del reglamento de los Htos y Htas del Sagrado Corazón, el proyecto monástico, podrían ser contrarios a la vida de Nazaret...) Hay que observar, de paso, que Carlos adapta su descripción a su situación concreta: a propósito del trabajo, precisa “*manual o de otra forma, manual mientras sea posible*”.

“*Toma como objetivo la vida de Nazaret, en todo y por todo, en su sencillez y su amplitud, [...] En una palabra en todo: Jesús en Nazaret*”. No es este un modelo cerrado; al contrario, la meditación se termina con una apertura con realizaciones diversas: “*Tu vida de Nazaret puede llevarse en cualquier sitio: llévala en el lugar más útil para el prójimo*”. Este último elemento muestra bien lo que está en juego: por nuestra proximidad, si estamos unidos a Dios, la buena nueva del Dios cercano es anunciada al pobre y es su verdadero bien.

- La característica fundamental de Nazaret, es pues la proximidad, la presencia fraterna en medio de los “pequeños” desposando su condición²⁴. Es todo un haz de elementos que asegura esta proximidad: elementos “materiales”, concretos, como el trabajo, el tipo de vivienda, el nivel de vida, el vestir, todo aquello que caracteriza una condición social; aunque también una manera de ser accesible, el respeto, una manera de vivir en la cual un “pequeño” se siente como en su casa.

Los elementos se articulan entre ellos para ponernos de la mejor manera posible en esta condición social de los pobres, de tal manera que la gente pueda situarnos como cercanos a ellos y de tal manera que podamos experimentar desde dentro lo que constituye su condición. Ciertos elementos son más significativos, pero no son forzosamente los mismos en todos los ambientes y en todos los tiempos. Y puesto que hay un haz de elementos, si en una situación dada un elemento está menos representado, los otros permiten a pesar de todo situarnos al lado de los “pequeños” (“*trabajo manual o de otra forma, manual mientras sea posible*” decía Carlos indicando también otros elementos de proximidad). En la Fraternidad hemos insistido mucho sobre el trabajo, y sobre el trabajo obrero; en una época dada y en contextos dados, ciertamente era el medio más evidente de situarnos al nivel de los más pobres y de compartir la dureza de su vida; y aún lo es hoy en muchos lugares. Pero tal vez hoy para estar más cerca de los pobres en una aldea aislada de África por ejemplo, haría falta un hermano que enseñase en la escuela a los niños, otro que lleve el ambulatorio y un tercero que cultive su campo; porque nadie quiere ir allí y porque esas aldeas están abandonadas a su suerte, la gente no se equivocará y el trabajo cualificado no nos pondrá por encima de ellos si por otro lado aceptamos las condiciones precarias de la vida de una aldea.

En ese sentido, no estoy seguro que nuestra manera de hablar en términos de “excepción”, cuando un hermano tiene un trabajo o actividades fuera “de la norma”, sea la manera buena: un hermano agente de desarrollo, un hermano médico (e incluso – los ha habido – un hermano que acompaña a las comunidades cristianas) no son “excepciones”; su trabajo es tal vez diferente del de la mayoría de los hermanos, pero si lo hacen de manera que los pequeños se sientan acogidos y amados, y si su estándar de vida es el de la gente sencilla, es “un verdadero trabajo de Hermano de Jesús” por retomar expresiones que solíamos utilizar. Creo también que nunca hay

²⁴ “Nazaret no es en primer lugar una opción por la pobreza o el silencio sino por la fraternidad”. Yves Becquart

que olvidar que un hermano por sí solo no puede desplegar todas las facetas de Nazaret: hay una complementariedad entre los hermanos de una fraternidad y una complementariedad entre las fraternidades de una misma región: juntos, cada uno aportando su contribución es como vivimos y damos la imagen de lo que la Fraternidad quiere vivir en su compartir con los “pequeños”.

Tenemos muchas experiencias en este dominio que podrían ayudarnos a discernir. Solamente cito dos. Cuando los hermanos se instalaron en Irán, llegaron como enfermeros para el cuidado de los leprosos, pero exigieron tener su casa en la aldea de los enfermos cuando todo el personal vivía en el exterior: romper la barrera del miedo y de la exclusión abrió todas las puertas y su trabajo médico cualificado y de servicio no les separó de ellos. Cuando los jóvenes de Hagaza, en Egipto, hablan de lo que han recibido de los hermanos, no es el trabajo de desarrollo lo que ellos mencionan, ni la formación que los hermanos les han dado: lo que les impresionó, es el hecho de que los hermanos tuviesen el mismo estilo de vida que ellos, que estuviesen disponibles para escucharles y que fuesen verdaderamente hermanos para ellos. Se podrían multiplicar los ejemplos.

Así pues ¿podemos hacer cualquier cosa en la Fraternidad? ¡Sobre todo no de cualquier manera! Creo que no podemos establecer un modelo tipo, válido para todos los sitios. Según los lugares, las situaciones y las personas, hay un verdadero discernimiento que debemos hacer: ¿qué es lo que, en una situación dada, nos ayudará a comprender desde el interior la situación de los pobres y a situarnos de su lado, en su condición social? Esto supone mucho diálogo y búsqueda juntos, en fraternidad y en región. Las respuestas en África, en Europa, en América, en Asia serán sin duda alguna diferentes. El objetivo general sigue siendo el mismo: establecernos lo más profundamente posible en el Nazaret de los pobres, como Jesús lo hizo en Nazaret, para poder entrar en las formas de hacer y los sentimientos de Jesús el Nazareno, porque es solamente a su imagen como podemos esperar llevar la buena nueva a los pobres y recibirla de ellos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Voy a detenerme aquí. Os dejo para terminar dos imágenes evangélicas y un texto que me gustan: creo que traducen en términos simples nuestra misión en seguimiento de Jesús de Nazaret.

+ La lámpara y la sal:

“Nadie enciende una lámpara y la tapa con un cacharro o la mete debajo de la cama, sino que la coloca en el candelero para que los que entran vean la luz” (Lc. 8,16) Hay color en el mundo, es Dios quien lo puso allí y los hombres lo han tejido; hace falta la luz para que se vean los colores del mundo. Nosotros no somos la luz, solamente la lámpara.

“Vosotros sois la sal de la tierra: si la sal pierde el gusto, ¿con qué la sazonarán?” (Mt 5,13). Hay un misterio en la sal: si falta, está soso (y si hay de más, ¡es inaguantable!); justo lo necesario y es el gusto de los alimentos lo que sobresale, ¡no el de la sal! Hay sabor en el mundo, y es Dios quien lo ha puesto. Nuestra tarea, es de estar ahí para que el intercambio misterioso se produzca y que el gusto divino del mundo pueda expresarse. No nuestro gusto propio...

¿Se puede hablar mejor de Nazaret?

+ La Sabiduría de un pobre

- *Así es Dios, hermano Tancredo. Nadie ama como Él. Deberíamos intentar imitarlo. Todavía ni tan siquiera hemos empezado. Hagamos algo.*

- *Pero, ¿por dónde comenzar, Padre? Dímelo, le pide Tancredo*

- *Lo más urgente, responde Francisco, es desear tener el espíritu del Señor. Únicamente Él puede hacernos buenos, radicalmente buenos, con una bondad que se funda con nuestro ser más profundo.*

Se calló un momento, luego continuó:

- *El Señor nos ha enviado a evangelizar a la gente. ¿Has pensado alguna vez que significa evangelizar a la gente? Mira, evangelizar a alguien es decirle: Tú también, eres amado por Dios en el Señor Jesús. Y no solamente decirle sino pensarlo realmente. Y no solo pensarlo sino comportarse con este hombre de tal manera que pueda sentir y descubrir que hay algo en él de salvación, algo más grande y noble de lo que pensaba y que se despierta en él una nueva conciencia de sí. Esto significa anunciarle la Buena Noticia. No podrás hacerlo más que ofreciéndole tu amistad. Una amistad real, desinteresada, sin condescendencia, hecha de confianza y profunda estima.*

“Tenemos que ir hacia los hombres. Es una tarea delicada. Este mundo de los hombres es un inmenso campo de batalla para conseguir riqueza y poder. Demasiados sufrimientos, demasiadas atrocidades ocultan el rostro de Dios. Sobre todo hay que evitar que puedan vernos, al ir hacia ellos, como unos nuevos competidores. Debemos ser, en medio de ellos, los testigos pacíficos del Todo Poderoso, hombres sin deseos ni desprecios, capaces de ser realmente sus amigos. Esperan nuestra amistad, una amistad que les haga sentir que Dios les ama y les salva en Jesucristo.”

Eloi Leclerc. Últimos párrafos del libro “*La sabiduría de un Pobre*”.

Hace 75 años, el 8 de septiembre 1933, los 5 primeros Hermanos tomaban el hábito en la basílica del Sagrado Corazón de Montmartre, en París. Fue el nacimiento de la Fraternidad. Unos días más tarde, el 22 de septiembre, el padre Voillaume, el hermano Marcel y el hermano André (que les esperaba en Argelia) llegaban a El Abiodh; el 5 de octubre, Guy, Marc y Georges se les unían y el 6, considerado como día de la fundación de El Abiodh, celebraban juntos la primera eucaristía en la capilla provisional. René Voillaume escribía entonces a su obispo: “Toda nuestra vida está ofrecida desde ahora como una oración perpetua, unida a la de Jesús. [...] Somos muy pequeños ante la tarea que emprendemos y a veces nos sentimos muy sorprendidos por estar ahí. Pero nos esforzamos por amar simplemente lo más posible, confiados en que Dios nos ama de tal manera que no puede dejar de guardarnos.”

No estamos muy dotados para organizar celebraciones de aniversario, pero esta fecha simbólica de los 75 años nos invita a dar gracias al Señor, por nuestros primeros hermanos que tuvieron la audacia de empezar, por todos aquellos que siguieron y cuya fidelidad siempre supo inventar caminos nuevos por lugares y épocas diferentes. Gracias a Dios por esta vocación que amamos y que él nos ha confiado para la Iglesia. No conocemos el futuro pero él reclama todo nuestro compromiso. Sí, esforcémonos por amar simplemente lo más posible, confiados en que Dios nos ama de tal manera que no puede dejar de guardarnos.

De todo corazón a cada uno de vosotros.

